

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Pasión y Pascua – Sufrío bajo Poncio Pílatos
(6 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Juan 18:28-40

Jesús, el Rey de la verdad

Dos gobernantes se enfrentan: Poncio Pilato, representante del imperio romano y Jesucristo, Rey del reino de Dios. El representante del poder mundial juzga al Rey de la verdad. Políticamente, Pilato se encuentra en una situación difícil. Dos años atrás, la tormenta política en Roma había arrastrado a su patrocinador Seianus (Sejano) y con él a muchos de sus seguidores hacia la muerte. El emperador Tiberio lo mandó ejecutar como traidor y desde entonces se muestra benevolente con los judíos, pero sigue desconfiando de los antiguos seguidores de Sejano. La amenaza de los líderes judíos (Jn. 19:12,13) podría tener consecuencias mortales para Pilato. Mientras Pilato quiere salvar su propia vida y su carrera a toda costa, el Rey Jesús sacrificará su propia vida a toda costa para salvar la vida de muchos (Ro. 5:6-10).

Veamos más de cerca un extracto del interrogatorio: Juan 18:37.

La pregunta sobre la verdad sigue sin respuesta. Cada escuela filosófica tenía y tiene sus propias explicaciones sobre qué es la verdad. Incluso hoy en día, muchas personas sostienen que cada uno tiene su propia verdad. No existe una verdad definitiva. Pero Jesús por el contrario dice de sí mismo: “Yo soy la verdad” (Jn. 14:6).

En la Biblia, la verdad, no es una estructura de pensamiento teórica, sino la voluntad vivida de Dios. La verdad es válida eternamente y lo que sostiene es confiable. En su esencia no tiene doblez, es sincera, siendo marcada por el amor (comp. 1.Co. 13:6).

Quien está del lado de la verdad, escucha la voz de la verdad (comp. Jn. 16:8,9,13,14). Preguntémonos: ¿Quiero oír la verdad? ¿Permito que el Espíritu de Dios me muestre si vivo en un piadoso auto engaño? (1.Jn.2:3-6; Stg. 3:14; 5:19,20) Dios quiere guardarnos y ayudarnos cada día mediante su palabra de verdad, porque su verdad siempre es liberadora: “y la verdad os hará libres” (Jn. 8:31,32).



Día 2

Juan 19:1-16

El Rey sufriente

¡Cuántas veces hemos pronunciado – quizás incluso sin pensar - la frase del “Credo”: “padeció bajo el poder de Poncio Pilato”, sin ser conscientes de que el santo y soberano Hijo de Dios se deja voluntariamente tratar como un criminal. El rey de todo el mundo se deja deshonrar humanamente por voluntad propia, sufre la burla, el escarnio, los latigazos que le desgarran la piel, lleva una corona de espinas en lugar de la corona del vencedor, y sin embargo, a través de su sufrimiento, se convertirá en el vencedor sobre la muerte y el infierno.

Pero por ahora, está “solo” desfigurado por la brutalidad de los soldados y siente el odio de su pueblo. Dios sufre en sí mismo la maldad del corazón humano. Nada ni nadie puede quebrantar su voluntad de la salvación. Tan fuerte es su amor por sus enemigos. Tan fuerte es su amor por nosotros: “Esto es el fundamento del amor: no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó y nos envió a su Hijo como sacrificio de rescate por nuestros pecados” (1.Jn. 4:10 trad.libre). Este amor nos pide cada día que nos entreguemos a Él, y no merece nada menos que nuestra entrega: 2.Corintios 5:14.15.

Hoy consideramos otra respuesta de Jesús a Pilato: “Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene” (Jn. 19:11). Pilato, como todos los a de la historia y del mundo actual, es solo una autoridad más bajo Dios. Un día tendrá que rendir cuentas ante Jesús, el Juez y Rey, a quien ahora condenará a muerte (Jn. 5:22; Ro. 2:14-16).

Ninguna injusticia quedará impune y sin castigo, ningún sufrimiento será pasado por alto por Dios. Quien rechaza a Jesús, el Salvador, tendrá que responder ante Jesús, el Juez. Pilato no aprovechó su oportunidad. “Como no tiene a Dios, él se convierte en un juguete de los hombres” (G. Maier).



Día 3 Crucificado, muerto y sepultado

Juan 19:17-35; 1.Juan 2:2

El Rey en la cruz – Viernes Santo

Lo increíble y también lo incomprensible sucede: El Rey de la verdad, el Mesías de los judíos, - aclamado hacía unos pocos días en Jerusalén – cuelga ahora de la cruz por su propia voluntad (Jn. 10:17,18; 12:12-16). Él sufre por nosotros. Sufre nuestro castigo, la oscuridad del abandono de Dios (Mt. 27:45,46). Pero entonces suena el grito de victoria: “¡Consumado es!” (Jn. 19:30).

“Ahora Dios ha alcanzado su objetivo, su Hijo ha completado su obra. Así se ha ‘cumplido’ el amor al Padre, que incluso en medio del colapso exterior, en la vergüenza, el tormento y la humillación vive para la gloria de Dios y lo entrega todo a Dios” (W. de Boor). Ahora se puede salvar un mundo perdido. Ahora el Rey ha vencido.

Las penurias de este mundo siguen existiendo, pero para todos aquellos que aceptan la salvación, ya no llevan consigo la condenación eterna “en la mochila”: “Como bien saben, ustedes fueron rescatados de la vida absurda que heredaron de sus antepasados. El precio de su rescate no se pagó con cosas percederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto” (1.P. 1:18,19 NVI).

“Bajo tu cruz estoy a salvo. Tú me salvas del juicio.

Bajo tu cruz encuentro la paz. Tú me reconcilias y no me condenas.

Tú moriste, para que yo viviera. Tú le quitaste el poder de la muerte.

Tuyo soy, Rey de la vida, que da futuro y esperanza”.

(Sr. Gieselheid Czeschin)

Unos años más tarde, un antiguo enemigo de Jesús llamado “Pablo” testificará: “Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son nada si los comparamos con la gloria que habremos de ver después” (Ro. 8:18 Dios habla hoy). Debido a que el Hijo de Dios pasó por el abandono de Dios en el juicio, no estamos abandonados por Dios en el mayor sufrimiento (lea Ro. 8:31-39).



Día 4

Juan 19:28-42; 1.Pedro 3:18-20; Efesios 4:9

El Rey en el reino de la muerte

“Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (Is. 53:9).

El Rey ha muerto. Dos de sus seguidores se encargan de que el cuerpo muerto de Jesús no sea entregado al fuego como los cuerpos de los otros dos criminales en el valle Hinom, sino que sea colocado en la tumba de piedra de un hombre rico, tal y como lo predijo el profeta Isaías. Allí yacía su cuerpo, pero Jesús no descansaba. En la carta de Pedro leemos que Él cumplió su tarea en el reino de los muertos y predicó el Evangelio a aquellos que habían vivido antes de su tiempo.

De ello no se puede *deducir* que después de la muerte tengamos la posibilidad de decidarnos por Jesús. Lea Hebreos 3:12-14: *Ahora*, en esta vida, *debemos aferrarnos a la vida eterna* (1.Ti. 6:12).

La frase “Con la muerte todo se acaba”, con la que muchos se oponen al Evangelio, no es cierta. Solo el cuerpo muere. La Biblia no describe en detalles cómo podemos imaginarnos esta vida en el reino de los muertos. Basándose en la parábola que contó Jesús (Lc. 16:19-31), algunos comentaristas suponen que hasta la resurrección corporal, los muertos permanecen en dos lugares: en un lugar de tormento o en en paraíso. Nosotros decidimos durante nuestra vida dónde estaremos después de la muerte. El criminal en la cruz aprovechó su última oportunidad y entró en el paraíso (Lc. 23:39-43). En Apocalipsis 1:17b,18 el Resucitado mismo testifica: “No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y *tengo las llaves de la muerte y del Hades*”.

Si Jesús es verdaderamente nuestro Señor, entonces la promesa de que estaremos en el paraíso también se aplica a nosotros: Juan 14:2,3.



Día 5 Al tercer día resucitó de entre los muertos Juan 20:11-18; Efesios 1:18-23

El Rey ha resucitado – Domingo de resurrección

El amor todopoderoso de Dios ha triunfado. La muerte y el diablo han perdido. ¿Cómo y ante quién aparece *primero* el poderoso conquistador de la muerte? Él viene como consolador para una mujer desolada y llorosa en su tumba. Él aparece en forma humana y, sin embargo, diferente a como era antes de su muerte. María Magdalena busca en su amor al Jesús muerto.

Después de los acontecimientos del Viernes Santo, ella no puede pensar en otra cosa y la desaparición del cadáver la sumerge en una desesperación y una desolación aún mayores: “Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?” (Sal. 42:3). Ocupada por el único pensamiento de encontrar al menos el cuerpo sin vida de su Señor, no reconoce al Señor vivo.

La pérdida de un ser querido, junto con el dolor de la separación definitiva, es una de las experiencias humanas más difíciles. Nada es igual que antes. Muchos sienten que están aislados de la vida. El duelo es su acompañante diario y Dios puede parecer infinitamente lejano. Lo absurdo de la muerte es que está en conflicto con la esperanza viva, que tenemos a través de nuestro Señor Jesucristo (1.P. 1:3).

“¡María!” – ¡Una palabra de la boca del Resucitado lo cambia todo! (Comp. Jn. 10:2-4.) “En toda mi aflicción esto es mi consuelo, que tu palabra me reanima” (Sal. 119:50 trad. libre).

“¡Raboni ... Maestro!” Lo que ella ve quiere tocar, captar lo impensable en el sentido más literal de la palabra. Pero Jesús se lo impide. Ya no es como antes, cuando viajaban juntos. Ante María se encuentra el Señor *resucitado* con un cuerpo transformado y una relación cambiada. Ella debe comprenderlo. Ahora sus seguidores son sus hermanos y hermanas; ahora Dios es su Padre, como es el Padre de Jesús. Ahora ella debe ser su mensajera. María se convierte en mensajera de alegría y nosotros con ella (vea Is. 52:7).



Día 6

Juan 20:19-23

El Rey comisiona

“¡Paz a vosotros!” Ahora ya nada puede impedir esa paz, ninguna puerta cerrada y atrancada por temor, ninguna aflicción humana, ninguna miseria de este mundo. La paz que Jesús consiguió con su muerte y la que fue sellada por su resurrección, es una paz eterna entre Dios y los hombres que acepten su salvación. Es la paz que surge del perdón de los pecados, es la paz de reconciliación entre Dios y su creación caída. “Este es el regalo de la Pascua de Dios para este mundo de muerte: la paz eterna. ... Esta paz se aplica. Es válida independientemente de cualquier condición, sí, es válida a pesar de nuestras circunstancias. ... El mundo no puede dar esta paz. Por lo tanto, tampoco la puede robar” (W. Lüthi).

Jesús muestra las cicatrices que dejó la crucifixión como prueba visible de que realmente está ante sus seguidores en carne y hueso. En su alegría llega el saludo de la paz por segunda vez, esta vez con una misión: así como Jesús fue enviado por el Padre, del mismo modo y a las mismas necesidades de este mundo, Jesús ahora envía a sus discípulos. Así como su paz fue aceptada y rechazada, también sus mensajeros experimentarán aceptación y rechazo.

El Espíritu Santo es el equipamiento poderoso para este ministerio. A Él lo necesitan, porque por sus propias fuerzas ningún ser humano puede hacer algo por el reino de Dios: “El Espíritu da vida; la carne no vale para nada. Las palabras que les he hablado son espíritu y vida” (Jn. 6:63 NVI). El Espíritu Santo, que los guía a toda la verdad y permite que las personas reconozcan su culpa ante Dios, les da el derecho de perdonar o retener los pecados en el nombre de Jesús.

“Que abunden en ustedes la gracia y la paz por medio del conocimiento que tienen de Dios y de Jesús nuestro Señor” (2.P. 1:2 NVI). Si tomamos en serio los siguientes versículos (2.P. 1:3-11), nos ayudarán a alcanzar la paz entre nosotros.


